

MENENDEZ PELAYO, UN ESPAÑOL DE PRO¹

JOSÉ PEÑA GONZÁLEZ
ACADÉMICO NUMERARIO

La Real Academia de Córdoba, atenta a la celebración de los grandes acontecimientos nacionales, no podía dejar pasar el ciento cincuenta aniversario del nacimiento del gran polígrafo español y con un pequeño retraso temporal, atribuible a los muchos actos programados, tomó el acuerdo de celebrar una sesión monográfica sobre Don Marcelino en la que tengo el honor de compartir la cátedra académica con el Profesor y estimado colega D. José Manuel Cuenca Toribio, titulando mi intervención con el título que tomo prestado del profesor Laín en su brillante biografía del sabio montañés.

La Real Academia se une así a los homenajes celebrados ya en las Academias Nacionales de la Historia y Ciencias Morales y Políticas, dos de las cuatro a las que perteneció el insigne prócer santanderino, ya que no tengo constancia de homenaje alguno por parte de la Lengua y Bellas Artes de San Fernando de las que también formó.

Don Marcelino nace un tres de noviembre de 1856 en la capital de Cantabria. Hijo de Marcelino Menéndez, natural de Castropol y de Jesusa Pelayo España, nacida en Santander. La familia se completa con el nacimiento de otro hijo, de nombre Enrique, que se encarga años más tarde de conservar el legado de su hermano y autor de unas divertidas *Memorias de uno* a quien nunca sucedió nada. Se trata de una familia muy conservadora en lo ideológico, a pesar de la militancia liberal del progenitor, y profundamente católica en lo religioso. El futuro gigante de las letras cursa el bachiller en el instituto local, donde el padre ejerce como profesor de matemáticas, y donde obtiene el premio extraordinario de bachillerato, demostrando sus extraordinarias condiciones intelectuales. Gran inteligencia, mayor memoria y pasión por la lectura y el trabajo que justifican el hecho de haber traducido con 17 años las tragedias de Séneca. Lector precoz, asombra a propios y extraños por la amplitud de sus lecturas y la capacidad de asimilación que tiene de las mismas. Años más tarde comentaría que toda su vida había sido una apasionante entrega a los libros afirmando textualmente que “yo vivo en permanente diálogo con los muertos” es decir con sus libros, de los que llegó a reunir 45.000, que legó a su muerte a la ciudad de Santander.

Concluido el bachillerato se matricula en la Facultad de Letras de la Universidad de Barcelona, porque forma parte del claustro de la misma el profesor D. José Ramón Fernández de Luanco, Catedrático de Química e íntimo amigo de su padre, quien se erige en su tutor, como era preceptivo para los alumnos que procedieran de otras regiones. Allí permanecerá desde el año 1871 al 1873. Es discípulo de Milá y Fontanals

¹ Transcripción casi literal de la conferencia pronunciada el día 22 de noviembre de 2007 en la Real Academia de Córdoba, revisada por el autor.

y Joaquín Rubió. Este último es el autor del “Manifiesto de la Renaixença”, lo que le permite un conocimiento directo del renacimiento cultural catalán y del regionalismo que surge a su amparo. Ello justificará, años más adelante, su afirmación sobre el regionalismo que “si es egoísta es odioso y estéril, pero el benévolo y fraternal, puede ser un gran elemento de progreso y quizá la única salvación de España”. En el Ateneo de la Ciudad Condal se estrena como orador pronunciando una conferencia el día 23 de abril de 1873 sobre “Cervantes considerado como poeta”. Terminado el curso viene a Madrid. Se matricula, entre otros, en los cursos de Historia de Castelar y de Filosofía con Salmerón. Este último, Catedrático de Metafísica, advierte a sus alumnos que deben repetir curso pues no basta un año académico para conocer bien el pensamiento de Krause. Menéndez Pelayo no está dispuesto y decide trasladar su expediente académico a la Universidad de Valladolid, a medio camino entre Madrid y su ciudad natal. Parece que la arbitraria salida de tono del futuro Presidente de la I República Española justificaría más tarde la poca simpatía que Menéndez Pelayo sintió siempre hacia Krause y los hegelianos. A su padre llega a decirle en carta que el “Krausismo es una especie de masonería”.

En Valladolid conoce a D. Gumersindo Laverde, ilustre Catedrático y muy buen conocedor de la literatura española. Termina la carrera en esa Universidad y obtiene el Premio Extraordinario de Licenciatura, ante un tribunal presidido por Laverde. El año 1874 vuelve a Madrid para seguir los cursos de doctorado. En su equipaje trae una carta de Laverde para D. Juan Valera, quien recibe con afecto al joven montañés haciéndole algunas recomendaciones en el ámbito de la higiene personal y la conveniencia de frecuentar el trato con las féminas, además de con los libros. D. Marcelino practicó con generosidad los dos consejos valerianos. Por la correspondencia entre ambos, publicada por Artigas y Sainz Rodríguez, sabemos de sus aventuras galantes y la utilización de seudónimos clásicos -Semiramis, Corina y Rádopis-, con las que denominaban a sus amistades femeninas para salvaguardar su honorabilidad. Terminados sus estudios de doctorado consigue también el año 1875, como no podía ser menos en tan brillante expediente académico, el Premio Extraordinario de Doctorado que disputa a D. Joaquín Costa con gran disgusto para el futuro León de Grau, como sería conocido el autor de *Oligarquía y Caciquismo*.

Terminado el doctorado llega el momento de incorporarse a filas. El padre abona la cuota que permite liberarse de “servir al Rey” y consigue, además, una ayuda económica de la Diputación y el Ayuntamiento de Santander, para que su hijo realice un viaje de estudios por Francia, donde conoce a Morel-Fatio, e Italia. Allí estudia en los Archivos Vaticanos y recorre detenidamente museos y bibliotecas de Roma, Venecia, Florencia y Bolonia. De regreso a España visita Andalucía. En Sevilla le sorprende la muerte de D. Amador de los Ríos, Catedrático de Literatura Española de la Universidad Central, de quien había sido alumno en los cursos de doctorado, junto a los profesores Francisco de Paula Canalejas en Filosofía y Francisco Fernández y González en Estética, asistiendo a su entierro. Marcha después a Cádiz, donde conoce a uno de los más ilustres heterodoxos españoles de todos los tiempos: D. Adolfo de Castro. Luego Granada y por último Córdoba. Aquí, en nuestra ciudad, solicita una entrevista con el Obispo Fray Ceferino González y Díaz de Tuñón, O.P. que pasaba por ser el mejor conocedor en España de la filosofía escolástica. Era evidente una de las figuras más importantes del Episcopado Español con una brillante carrera dentro de la Iglesia. Misionero en Filipinas, Ordinario en Córdoba, Metropolitano en Sevilla y Primado de las Españas en Toledo, acreditan lo que digo.

La entrevista con el Obispo de Córdoba dio lugar a un hecho curioso. Terminada la

misma, el secretario de Fray Ceferino pasó al despacho, encontrándolo muy nervioso y agitado. Preguntándole si le pasaba algo, le contesto el Obispo de forma iracunda que, como no le había de pasar. Le parece poco que, a partir de ahora, tengo que admitir aquello que he negado siempre. La conversación con el señor Menéndez me obliga a creer en la metempsicosis, aunque me condene. El alma de este hombre tan joven tiene que haber existido en otro cuerpo mucho mayor para saber tanto. Posiblemente un sabio de la antigüedad, remacha el prelado.

La muerte de Amador de los Ríos deja vacante la cátedra de Literatura Española de la Central. En cuanto se convoca, Menéndez Pelayo, se presenta, la firma y además solicita rebaja de edad. Sólo tiene veinte años y se exigen como mínimo veintitrés para poder opositar a cátedra universitaria. El año 1877 se celebran las oposiciones. Hay cuatro candidatos: José Canalejas Méndez, Antonio Sánchez Moguer, Saturnino Mileto y Menéndez Pelayo. La trunca de estas oposiciones ha pasado a la historia Universitaria española por su extraordinaria dureza. Al final la plaza es para D. Marcelino con cuatro votos, por mayoría. Cuenta con el voto en contra de Fernández y González, yerno de Amador de los Ríos, que considera un atrevimiento la inmediata convocatoria de la plaza tras la repentina muerte de su suegro. Canalejas obtiene tres votos, presidiendo el tribunal D. Juan Valera. La vida a veces tiene trágicas coincidencias. El opositor brillante D. José Canalejas, más tarde Presidente del Gobierno de España muere también, como su rival Menéndez Pelayo, el año 1912. D. Marcelino en la cama de su casa santanderina, víctima de una enfermedad hepática. El político Canalejas, autor de la famosa “ley del candado” asesinado a tiros en el escaparate de una librería en la madrileña puerta del Sol por el anarquista Manuel Pardiñas.

El año 1876, por influencia de Laverde, replica los artículos publicados en la “Revista de España” por D. Gumersindo de Azcarate, más tarde recogidos en una obra ya canónica en los estudios de Derecho Político titulada “El self government y la monarquía doctrinaria”. Azcarate, junto a Perojo y Revilla resucitan las tesis defendidas en la *Enciclopedia Francesa* por Masson de Morvilliers en las que afirmaba el estado agónico de la actividad intelectual en España a causa de la falta de libertad que propiciaba una Iglesia Católica, cerrada y al margen de cualquier actividad científica. Menéndez Pelayo replica con sus escasos veinte años publicando *La Ciencia Española*, una obra en la que reivindica la existencia de una ciencia española autóctona y original, dentro de la tradición católica de nuestro país.

El joven catedrático prosigue sus *cursus honorum* con el ingreso, auspiciado por Valera que le contesta en nombre de la Academia, en la Española de la Lengua. Fue en 1881. Tiene 25 años. Y poco después pronunciará el famoso Brindis del Retiro que le vale una regañina epistolar de D. Juan Valera acusándole de “dárselas y presumir de archicatólico”. El año siguiente ingresa en la Real de la Historia, donde ocuparía los cargos de Secretario y Director, que simultanea con la dirección de la Biblioteca Nacional, sucediendo a Tamayo y Baus el año 1898, para lo que solicita la excedencia de la cátedra. La crisis del 98 le llega a afectar incluso físicamente, como ha demostrado Santoveña en su estudio sobre D. Marcelino. A partir de entonces tendrá vivienda fija en sede académica en la calle del León. Está prácticamente en la mitad de su vida que acaba en Santander un 19 de mayo de 1912 cuando sólo contaba con 56 años y era mucho lo que podía esperarse de su talento y laboriosidad.

Como a tantos españoles tras su muerte una espesa cortina de silencio se cierne sobre el gran polígrafo. Se le ignora olímpicamente. A partir de los años veinte se inicia una recuperación en sentido ultraconservador de la mano de D. Luis Marichalar, Vizconde de Eza. Se le encasilla dentro del movimiento reaccionario, olvidándose de los graves

ataques que ha sufrido por parte del Marqués de Pidal y el Padre Fonseca, que no le perdonan su preferencia por la filosofía española de Raimundo Lulio o Luis Vives frente a Santo Tomás. Para D. Marcelino las máximas aportaciones filosóficas de Híspanla están representadas en el lulismo y el vivismo, frente al tomismo. De ahí que el P. Fonseca en *El siglo futuro* arremetiera contra él llamándole impostor, evo, embustero e incluso perturbado mental, entre otras lindezas. A su vez, en el extremo opuesto, se le tachaba de contumaz cavernícola. A la vista de ello pudo decir con que “me muevo entre la exageración reaccionaria y la exageración innovadora”, es decir entre los Pidales y los Azcarates de turno. Tras el Vizconde de Eza, toman la bandera menendezpelayista los hombres de Acción Española, como rearme contrarrevolucionario para acabar con la II República. Miguel Herrero, Araujo Costa, Pedro Sainz Rodríguez y Ramiro de Maeztu lo proclaman su faro y guía. Sainz Rodríguez llega a compararlo con Fichte y afirma que su obra esta llamada a ser en España lo que los discursos fichteanos fueron para Alemania. Los jesuitas no quedan al margen de esta recuperación. El P. Joaquín Iriarte, SJ. publica una biografía apasionada de D. Marcelino. El Opus Dei de la mano de Rafael Calvo Serer, autor de una tesis doctoral sobre “Menéndez Pelayo y la Decadencia Española”, prosigue la recuperación del santanderino poniendo la Revista Arbor y la editorial Rialp al servicio de la misma. Un hombre próximo a ellos, Jorge Vigon Suerodiaz, hace una edición antológica de su obra. Con motivo del centenario de su nacimiento surge oficialmente el Menendezpelayismo. La BAC de la mano de José María Sánchez Muniain y con prólogo de Ángel Herrera publica una antología de sus obras. Se favorece el traslado de sus restos desde el panteón familiar a la catedral de Santander a un mausoleo encargado a Victorio Macho. Su obra completa editada en 65 volúmenes por la Fundación que lleva su nombre más los 23 de Epistolario publicado por Artigas, se transforma en libro de cabecera para la mitad de la intelectualidad española. D. Marcelino ha pasado de ser la gran figura intelectual de la Restauración española al *factotum* de un sector del régimen de Franco. La razón, en mi opinión, es clara. Menéndez Pelayo es el español de su tiempo, que, sin negar la existencia del llamado “problema de España”, que se remonta a la época de la Ilustración y los Borbones, que se materializa en la expulsión y disolución de los Jesuitas en tiempos de Carlos III, se atreve a dar una solución al famoso “problema”, cosa insólita entre los intelectuales de su tiempo. Ese problema era en palabras de Laín, “la dramática inhabilidad de los españoles, desde hace siglo y medio (hoy podríamos decir dos siglos), para hacer de su patria un país mínimamente satisfecho de su constitución política y social; y acerca de las más importantes reacciones intelectuales frente a esa interna vicisitud de nuestra historia”. Una de esas reacciones, quizá la única en su época, la protagoniza Menéndez Pelayo. Es cierto y así lo reconoce, que existe un problema, pero tiene solución. Es la recristianización de España. Así lo recoge en su obra y lo proclama en su vida. “La ciencia española” y “La Historia de los Heterodoxos” se corresponde con su famosa proclama del centenario de Calderón, conocida como “Brindis del Retiro” en 1881. “España, evangelizadora de la mitad del orbe, martillo de herejes, luz de Trento, espada de Roma, la que humilló al turco en Lepanto, cuna de San Ignacio. Esa es nuestra grandeza y nuestra unidad. No tenemos otra. El día en que acabe de perderse, España volverá al cantonalismo de los Arévacos y de los Vectores y de los Reyes de Taifas”; textos llenos de patriotismo que en mi época de estudiante los muchachos de mi edad aprendíamos de memoria en el bachillerato. La grandeza española deriva de su unidad política basada en la religiosa. En un país tan diverso como el nuestro, solo la religión, en su opinión, puede proporcionarle la necesaria unidad. Pasión española que le hace decir en los Heterodoxos que la Inquisición española prácticamente no existe: De

sobra es conocida su famosa y quizá exagerada defensa de la misma: “Abro los Índices y no encuentro en ellos ningún filósofo de la Antigüedad, ninguno de la Edad Media, ni cristiano, ni árabe, ni judío; veo permitida en términos expresos “La guía de los que andan” de Maimónides, y en vano busco los nombres de Averroes, Avempace o Ben Tofail; llego al siglo XVI y hallo que los españoles podían leer todos los “Tratados” de Pomponazzi, incluso el que escribió sobre la inmortalidad del alma, puesto que sólo se le prohíbe el “Incantationibus”, y podían leer íntegros a casi todos los filósofos del renacimiento italiano, a Marsilio Ficino, Campanella, Telesio (este último con algunas expurgaciones). Aunque parezca increíble el nombre de Giordano Bruno está en el de Roma, ni el de Descartes, ni el de Leibnitz, ni lo que es más peregrino, el de Tomas Hobbes, ni el de Benito Spinoza, y solo para insignificantes enmiendas el de Bacón”. Son líneas dictadas con la pasión que pone para acabar con la leyenda negra española. Pruebas irrefutables de su amor a España ya instalados en su corazón y mente desde su fecunda y precoz juventud creadora. Don Marcelino, frente a la moda intelectual de la época se erige en albacea de nuestra cultura. “Yo, a falta de grandezas que admirar en el presente, he tomado sobre mis hombros la tarea de testamentario de nuestra cultura española”, escribe. Y más adelante añade: “Hablen otros de las nieblas germánicas y adoren la Edad Media”. “Yo he tomado sobre mis hombros la honrosa tarea de ser el albacea de nuestra historia y tradición”, solía afirmar. Fue una empresa titánica que llevó a cabo con paciencia y laboriosidad y que merece, como poco, el respeto y la consideración de los españoles, al margen de las coincidencias o discrepancias con sus planteamientos.